

---

## GUIA PARA LA ORACIÓN

---

*Y para “hacernos presentes a” las diversas realidades, tenemos la imaginación que es una de las facultades de la persona que le permite “situarse” en una realidad, incluso desconocida. Con nuestra imaginación podemos “hacernos presentes” a realidades vividas anteriormente y a realidades futuras. Bien es verdad que hoy, los medios de comunicación nos facilitan este “hacernos presentes”, por ejemplo ante catástrofes naturales. En la metodología de la oración, tanto meditación [EE 47; 55; 65] como contemplación [EE 103; 112], San Ignacio tiene especial interés en que pongas “tu imaginación al servicio de la fe” con el fin de “hacerte presente” en el misterio particular que estás meditando o contemplando.*

*En el caso de la contemplación, que es donde estamos, San Ignacio quiere que seas “uno más” en la escena que contemplas. Así por ejemplo haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades... con todo acatamiento y reverencia posible [EE 114,2]. Este como si presente me hallase te permite situarte en el misterio e ir adquiriendo actitudes, estilos, preferencias... para que luego se puedan hacer vida en tu propia vida.*

*El como si presente me hallase te permite vivir la escena del misterio particular que contemplas no como algo ajeno, sino como algo propio tuyo. Si “contemplar es dejarse transformar por aquello que se contempla” que en este caso es la persona de Jesucristo, el “estar presente en cada misterio” te hace estar más abierto a la acción del Espíritu. El como si presente me hallase implica una actitud fundamental en los Ejercicios que es “la actitud de la encarnación”. En cada misterio particular “tu te encarnas”, “tu te metes en la escena”, “aquello va contigo, te interesa, te seduce”... Y al meterte en la escena, aplica San Ignacio los sentidos como medio de captarla con mayor profundidad: VER, OÍR y MIRAR. Con ese REFLECTIR continuo al que eres invitado.*

### TEXTOS PARA LA ORACIÓN

1. Mt 2,1-12      Los Magos de oriente le adoran.
2. Lc 2, 1-20      Os traigo una buena noticia.

## EL PESEBRE Y LA CRUZ

---

El niño del pesebre es Rey de reyes, el que reina sobre la vida y la muerte. Y dice: «Sígueme», y el que no está con él está contra él (Lc 11,23). Lo dice también por nosotros y nos pone ante la posibilidad de escoger entre la luz y las tinieblas. Desconocemos dónde nos quiere llevar el Niño divino en esta tierra, y no hemos de preguntárselo antes de que sea la hora. Todo lo que sabemos es que para los que aman al Señor todo concurre para su bien (Rm 8,28), y que los caminos trazados por el Señor nos conducen más allá de esta tierra.

Tomando un cuerpo, el Creador del género humano nos ofrece su divinidad. Dios se ha hecho hombre para que los hombres llegáramos a ser hijos de Dios. «¡Oh admirable intercambio!». Es para esta obra que el Salvador ha venido al mundo. Uno de entre nosotros había roto el lazo de nuestra filiación de Dios; uno de entre nosotros debía atarlo de nuevo y expiar la falta. Ningún retoño del viejo tronco, enfermo y degenerado, hubiera podido hacerlo; era necesario que sobre este tronco se injertara una nueva planta, sana y noble. Y es así que llegó a ser uno de nosotros y al mismo tiempo más que eso: uno con nosotros. Esto es lo que hay de más maravilloso en el género humano: que todos seamos uno... Vino para formar con nosotros un cuerpo misterioso: él el Jefe, la cabeza, y nosotros sus miembros (Ef 5,23.30).

Si aceptamos poner nuestras manos en las del Niño divino, si respondemos «Sí» a su «Sígueme», entonces somos suyos y el camino está libre para que pase a nosotros su vida divina. Este es el comienzo de la vida eterna en nosotros. No estamos aún en la visión beatífica en la luz de la gloria, estamos todavía en la oscuridad de la fe; pero no es ya la oscuridad de este mundo –es estar ya en el Reino de Dios.

SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ (EDITH STEIN)

---

---

## OS ANUNCIO UNA BUENA NOTICIA, UN GRAN GOZO

«Os anuncio una gran alegría.» Estas son las palabras que dijo el ángel a los pastores de Belén. Os las repito hoy a vosotros, almas fieles: os traigo una noticia que os causará una gran alegría. ¿Puede haber, para unos pobres exiliados, condenados a muerte, una noticia más dichosa que la de la aparición de su Salvador, que ha venido no tan sólo para librarles de la muerte, sino para que puedan retornar a su patria? Esto es lo que vengo a anunciaros: «Os ha nacido un Salvador»...

Cuando un monarca hace su primera entrada en una ciudad de su reino, se le tributan los más grandes honores: ¡cuánta decoración, cuántos arcos triunfales! Prepárate, pues, dichosa villa de Belén, a recibir dignamente a tu Rey... Has de saber, dice el profeta (Mi 5,1), que entre todas las ciudades de la tierra tú eres la más favorecida puesto que el Rey del cielo te ha escogido a ti como lugar de su nacimiento aquí en la tierra, a fin de reinar, seguidamente, no sólo en Judea, sino en los corazones de los hombres de todo lugar... ¡Qué habrán dicho los ángeles viendo a la Madre de Dios entrar en una gruta para, allí, dar a luz al Rey de reyes! Los hijos de los príncipes vienen al mundo en habitaciones resplandecientes de oro...; y quedan rodeados por los más altos dignatarios del reino. El Rey del cielo, quiere nacer en un establo frío y sin lumbre; para cubrirse no tiene más que unos pobres jirones de ropa; para descansar sus miembros sólo un miserable pesebre con un poco de paja...

¡Ah! Reflexionar sobre el nacimiento de Jesucristo y las circunstancias que le acompañaron, debería abrasarnos en amor; y pronunciar las palabras gruta, pesebre, paja, leche, vagidos, poniendo delante nuestros ojos al Niño de Belén, deberían ser para nosotros otras tantas flechas encendidas hiriendo enteramente de amor nuestros corazones. ¡Dichosa gruta, pesebre, paja! Pero mucho más dichosas las almas que aman con fervor y ternura a este Señor tan digno de amor y que ardiendo en caridad, le reciben en la santa comunión. ¡Con qué arrebató, con qué gozo viene Jesús a descansar en el alma que le ama verdaderamente!

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO